

Presentado el documento *La Iglesia en España y los gitanos*, de la LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

La Iglesia y los gitanos

En la última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, fue aprobado un documento sobre *La Iglesia en España y los gitanos*, en el V aniversario de la beatificación de Ceferino Giménez Malla, *el Pelé*. Se trata de un serio y profundo documento, escrito con sencillez, cuyo fin es alentar la acción de todos los agentes de pastoral gitana y comprometerse a intensificar el trabajo pastoral con la población gitana

Benjamín R. Manzanares

El 14 de mayo de 1997, Juan Pablo II beatificaba en la plaza de San Pedro del Vaticano al gitano español Ceferino Giménez Malla —*el Pelé*—, y «le proponía como intercesor y modelo para todo el pueblo cristiano», recuerdan los obispos en la introducción del documento sobre *La Iglesia en España y los gitanos*. Con motivo de esa beatificación —el primer gitano elevado a los altares en toda la historia de la Iglesia—, los obispos españoles dirigieron un breve mensaje a la Iglesia y a la sociedad española. En aquel documento invitaban a reconocer y apoyar todos los elementos positivos de la cultura gitana, e insistían «en la urgencia de compartir, con esta querida población, la Buena Noticia de Jesucristo». Fue entonces cuando los obispos se comprometieron a publicar una reflexión pastoral más pausada sobre los gitanos y su evangelización.

Con este nuevo documento se quiere dar gracias a Dios por la vida y por el testimonio de Ceferino Giménez Malla, «así como el de todos los que han vivido y compartido su fe en Jesucristo entre la población gitana; también se pretende estimular la acción pastoral de nuestra Iglesia con los gitanos, avivar el amor y la solicitud por ellos, seguir ofreciéndoles con renovado empeño lo más valioso que la Iglesia posee, y que ya tantos gitanos comparten: la fe en nuestro Señor Jesucristo; y ayudar a la Iglesia en España a reconocer el rostro de Jesús también en medio del mundo gitano».

Monseñor Ciriaco Benavente, obispo de Coria-Cáceres y Presidente de la Comisión Episcopal de Migraciones, comentó cómo otros objetivos de este documento son: «animar a nuestras parroquias a intensificar la acogida, la solidaridad y la evangelización de la comunidad gitana; alentar a los propios gitanos a colaborar en su propia promoción, e impulsar a los gitanos católicos a comprometerse activamente en la evangelización de su pueblo, siguiendo el ejemplo del Beato Ceferino; invitar a la población española mayoritaria —los llamados *payos* entre los gitanos— a hacer una lectura positiva de la *diferencia gitana*; y, por último, expresar nuestro apoyo y reconocimiento al quehacer de tantas personas y asociaciones que trabajan responsablemente en pro de la promoción gitana».



Mesa presidencial durante la presentación del documento, en un momento de la intervención de monseñor Ciriaco Benavente, obispo de Coria-Cáceres y Presidente de la Comisión episcopal de Migraciones

El documento ofrece unos datos sobre la presencia de los gitanos españoles en la Península ibérica, «desde al menos 1425. Formaban parte ya del paisaje humano de nuestras ciudades y pueblos, cuando incluso España no era aún un Estado moderno y unificado: una presencia que, salvo momentos de claridad y de bonanza, de acogida y comprensión, ha estado plagada de sombras, y salvo esos escasos períodos, no han dejado de sufrir a lo largo de su historia y de experimentar la aflicción del rechazo y, frecuentemente, la persecución».

Hoy día son 600.000 gitanos calés los que se estima que viven en España. El documento señala cómo «su situación es muy desigual, muy poco uniforme. Los gitanos españoles presentan diferencias notables en razón de su nivel de vida, estudios, trabajo, comportamientos, lugar de residencia, etc. Desde hace algunos años, están llegando a nuestro país, junto a los inmigrantes procedentes del Este de Europa, familias de gitanos rumanos, y también es frecuente encontrar algunos gitanos portugueses. La convivencia y la incorporación de unos y otros a nuestra sociedad, e incluso a la comunidad gitana española, no está resultando fácil».

Los obispos reconocen que se han dado importantes logros en la promoción social de los gitanos, pero queda mucho por hacer: «En teoría —se lee en el documento—, gozan de los mis-

mos derechos que sus vecinos payos, pero en la práctica muchos malviven en la marginación y el paro. Junto al deseo de ser considerados ciudadanos de pleno derecho de la sociedad española, desean, con no menos ardor, seguir siendo gitanos y conservar su identidad y sus costumbres propias». Si el pasado no ha sido fácil para la comunidad gitana, el presente, con sus luces y sombras, es un poco más halagüeño y esperanzador.

Datos alentadores

El documento ofrece estos datos alentadores: ha aumentado «la escolarización de los niños, el progreso en la alfabetización de los adultos, el aumento de la atención y educación sanitaria. Existe en nuestro país un número significativo de gitanos que están accediendo a la universidad, y un nutrido grupo con profesiones universitarias y liberales. Otros tienen una relevancia importante en el mundo del arte». Sin embargo, no faltan las sombras: todavía «los gitanos ocupan el último puesto en cualificación laboral, esperanza de vida, acceso a una vivienda digna, y están entre los primeros en población reclusa, paro, droga, fracaso escolar, mortalidad infantil». El documento lamenta que todavía se sigan proyectando sobre los gitanos «estereotipos y generalizaciones que frecuentemente se vierten sobre ellos, y que la sociedad no haya

superado todavía muchos de sus prejuicios ancestrales. Es necesario corregir prejuicios racistas y promover el respeto y el diálogo intercultural».

El cuarto capítulo está dedicado a resaltar los valores gitanos, que aunque «no están escritos en ningún documento oficial, ni son vividos en todos los casos de la misma manera —algunos incluso corren el riesgo de ir poco a poco perdiéndose—, sin embargo, son los principales valores donde se reconocen la mayoría de los gitanos». Se reseñan algunos, como: el respeto a la familia como institución suprema de la sociedad gitana; la veneración por los miembros de más edad; una concepción más humana del trabajo; la hospitalidad y la solidaridad con los miembros de la etnia; la virginidad de la mujer antes del matrimonio; el respeto a los muertos; y otros valores muy apreciados en el pueblo gitano como el sentido de libertad, el respeto a la palabra dada, el amor a la naturaleza...

Se hace asimismo una llamada fuerte a los gitanos para que la fidelidad a estos valores no sirva de coartada para el aislamiento: «El derecho a la diferencia no implica permanecer anclados en formas culturales que rehúsan abrirse a los mejores y más nobles avances sociales, como es todo lo referente a la igualdad de dignidad y derechos del hombre y la mujer, a la participación social, a la asunción de

los modos más civilizados de convivencia en sociedad».

El capítulo quinto está dedicado a recordar la misión de la Iglesia entre los gitanos, con una autocrítica y una llamada a la creatividad: «Queremos mirar y tratar a los gitanos como Dios lo hace. Nuestra misión es continuar en el tiempo y el espacio colaborando humildemente en el servicio a la salvación de la Humanidad, que Dios comenzó en los albores de la Historia y que culminó en la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo».

Hay una referencia al antiguo pueblo de Israel, en el que, en no pocas de sus travesías, se ven identificados los gitanos: «Como él, han conocido un largo éxodo desde la India originaria; como el pueblo de Israel, han vivido siempre su travesía con los ojos y los oídos pendientes de Dios; conciben la vida como bendición y esperan firmemente el cumplimiento de las promesas divinas. El pueblo gitano comparte con la tradición bíblica la experiencia de que toda tierra es siempre provisional y preparación de la definitiva».

Luego hay una referencia iluminadora a la actitud de Jesús hacia las minorías de su tiempo, y en concreto hacia los samaritanos, los cuales en Israel no gozaban de buena fama. Para Jesús lo que cuenta es la misericordia, y «Jesús rompe los prejuicios culturales y religiosos de la época y se relaciona con ellos con enorme libertad y franqueza. Allí el diferente y el marginado son tan valorados, que Jesús mismo los pone como modelos, e incluso se identifica con ellos».

Un pueblo religioso

El documento recuerda la llamada que hace el Concilio Vaticano II a los obispos a tener una especial solicitud con «aquellos grupos humanos que, dadas sus especiales circunstancias de vida, no son convenientemente atendidos por las ofertas pastorales habituales». Los obispos afirman cómo el pueblo gitano es «un pueblo eminentemente religioso, aunque no siempre han tenido la suerte de poder cultivar y desarrollar convenientemente su religiosidad»; por eso señalan que «el anuncio explícito de Jesucristo y la catequesis han de ir parejos con la atención social y la promoción humana».

Reconocen que hay un número importante de gitanos «que viven en un clima habitual de indiferencia religiosa, como los payos, no tanto ideológica, sino más bien práctica», pero que también existe «un grupo muy significativo de gitanos que, siguiendo la estela de Ceferino, viven gozosa y activamente su fe en el seno de la Iglesia católica: catequistas, los que participan en los Consejos parroquiales de pastoral, que viven un cristianismo comprometido».

Los obispos ven también con alegría cómo empieza a haber entre los gitanos quienes se sienten llamados a la vocación religiosa y a la vida sa-



El Beato, mártir, Ceferino Giménez Malla, el Pelé

cerdotal, como el sacerdote gitano recientemente ordenado, don Antonio Heredia, que participó en la presentación de este documento. «Vemos con inmensa esperanza —se dice en el documento— la presencia de algunos jóvenes gitanos en nuestros seminarios. Ellos pueden hacer la mejor síntesis entre Evangelio y cultura gitana».

En los gitanos es fácil observar que, cuando una persona acepta honestamente a Jesucristo, esa fe da origen a un fecundo proceso humanizador. Cuando un gitano se encuentra con la buena noticia de Jesucristo, su vida y la de su entorno mejoran, como fue la experiencia de Ceferino, de Emilia —en proceso de beatificación—, y la de tantos gitanos a lo largo de los siglos. «Lo más valioso que la Iglesia tiene para compartir con los gitanos —añade el documento— no son ni sus escuelas ni sus obras sociales, sino la presencia de Jesús».

«Una minoría importante de gitanos mal vive en la marginación y la pobreza. Otros muchos han ido abandonando esa situación de pobreza gracias, entre otras cosas, al trabajo y la generosidad de muchas personas e instituciones de Iglesia. La Iglesia —continúan los obispos— quiere acercarse a los gitanos, especialmente a los más pobres, con una mirada de fe, descubriendo en ellos el rostro de Cristo pobre. Pero nuestra mirada de pastores no ve a los gitanos sólo como destinatarios o beneficiarios de la ac-



ción pastoral de la Iglesia, sino que reconoce en ellos a verdaderos sujetos de evangelización. Queremos que los gitanos católicos sean los primeros responsables de la evangelización de sus hermanos; que no sean en la Iglesia meros espectadores, sino corresponsables de su vida y misión, y hagan también suya la tarea de la promoción de sus hermanos más desahistados».

Un rico patrimonio

El capítulo sexto señala una serie de criterios y actitudes al servicio de la evangelización de los gitanos de hoy y de mañana. «En el fondo de sus búsquedas e inquietudes religiosas, los gitanos tienen derecho a que la Iglesia católica comparta con ellos su tesoro principal, Jesucristo. Desean conocer el Evangelio, leer la Biblia, ser protagonistas en la vida de la Iglesia», señala el documento, que invita a «poner la Biblia en las manos y en el corazón de los gitanos». También hace una llamada a atender la inculturación: «El Evangelio de Jesús no se identifica con ninguna cultura en exclusiva, ha de encarnarse y fecundarlas todas».

Invita a cuidar la formación de agentes de pastoral y el protagonismo gitano, así como a atender a la familia gitana, que es, «en muchos casos, santuario de vida y esperanza de la sociedad. Es un patrimonio tan rico que no podemos permitir que se dilapide. También en el terreno religioso: la actitud que adopten los mayores, fundamentalmente el padre, será determinante para el resto de la familia. Son los padres los responsables de la educación humana y cristiana de los hijos».

El documento señala algunas líneas operativas y órganos de animación, con el fin de exhortar «a las parroquias, a los movimientos apostólicos y a nuestras instituciones de caridad, a la acogida, a la promoción y a la evangelización del pueblo gitano que reside en nuestras diócesis. No debería faltar en ninguna diócesis en que exista una presencia significativa de gitanos una Delegación o, al menos, algún servicio específico que promoviera y animara este campo de la acción pastoral». El documento apunta como orientación, para las personas encargadas de este servicio, algunas de sus posibles funciones, y muestra cómo «Cáritas en sus distintos niveles, y los Secretariados Gitanos, vienen trabajando desde antiguo con los gitanos, sobre todo desde la dimensión social».

Muchos progresos en el campo social han sido posibles gracias al trabajo y la paciencia de Cáritas. Las Congregaciones religiosas con sus colegios y obras sociales están especialmente llamadas a recrear el carisma primigenio de sus fundadores, mostrando, como vienen haciendo, una solicitud especial por los más débiles de nuestra sociedad». Al concluir, los obispos españoles agradecen el buen trabajo que un buen número de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos vienen prestando al pueblo gitano.

El documento concluye animando «a los gitanos a conservar y a transmitir a las nuevas generaciones sus valores más nobles, a acoger aquellos avances sociales que promueven la dignidad, la libertad, la igualdad y la convivencia entre todos los hombres, a trabajar en favor de la promoción de aquellos gitanos que sufren todavía condiciones inhumanas de vida, a abrir el corazón al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, como lo abrió el Beato Ceferino. Su fe cristiana le impulsó a ser un gitano cabal en la Iglesia y un miembro fiel de la Iglesia en el mundo gitano». Los obispos piden «que su ejemplar testimonio de gitano cristiano aliente a los gitanos y payos, que trabajan como animadores de pastoral gitana, a seguir anunciando a Jesucristo, la fuerza renovadora de su Evangelio y la esperanza que brota de su resurrección». Por último, piden a la Virgen, en la advocación de la *Majari Kali*, y por intercesión del Beato Ceferino, «que bendiga especialmente a los gitanos que viven y trabajan en España, y haga fecundos todos los esfuerzos destinados a su promoción humana y evangelizadora».